

# El asesinato intelectual considerado como una de las *bellas artes*

Adolfo Castañón

Hay personas que mueren definitivamente cuando su corazón deja de latir; hay otras que a pesar de haber muerto físicamente, seguirán viviendo. Borges es uno de ellos. Su vasta, profunda, variada obra está presente para hacérselo saber.

Cuatro días antes de su muerte, todavía dictaba sus últimas líneas a María Kodama, su antigua secretaria y reciente esposa. Murió en Ginebra, alejado de homenajes, entrevistas y de la curiosidad de sus admiradores que tantas veces rebasan los límites de la discreción e invaden la privacidad.

Borges murió sosegado, arreglando sus asuntos legales, en paz, como él lo deseaba.

Imagino que un cerebro privilegiado como el suyo deje de funcionar, mas afortunadamente nos ha heredado lo más precioso: sus frutos literarios, frutos extraordinarios donde se evidencia el lingüista, el filósofo, el poeta, el historiador, el hacedor de ficciones.

Su excepcional capacidad de síntesis, la limpieza literaria que no admitió nunca una palabra de más, hicieron de Borges el escritor merecedor de todos los premios del mundo; él, eterno esperante del Nobel murió sin obtenerlo, aunque todos pensaban que con él o sin él, Borges, el niño ciego, el vidente universal, fue y será el mejor escritor del siglo xx.

Ningún tema le fue extraño; transitó desde las sagas nórdicas hasta los vericuetos del habla porteña, desde los vikingos hasta la poesía gauchesca de nuestros días, de la literatura medieval hasta la novela detectivesca moderna; todo tenía para él un sentido que iba de lo particular a lo universal englobándolo y haciéndolo un todo coherente y armonioso.

“Ha muerto Jorge Luis Borges” en *De lo cotidiano*, Armida de la Vara, p. 70.

I

Le decía la madre de J.L. Borges a Bioy Casares el 18 de junio de 1959, cuando a éste le faltaba poco para cumplir los sesenta años y ella tenía bien cumplidos los ochenta:

Yo todavía lo miro como una gallina a la que le nació un pato. Es un fenómeno. No sabe todavía que el agua moja; camina un día bajo un aguacero y cuando llega a casa reconoce con sorpresa que se mojó. Duerme con la ventana abierta, sólo con un ponchito y a los pies, una frazada. Dice que esta

tormenta es una suerte porque va a refrescar. “Pe ro; si hace frío!” le digo. “Siempre es mejor que refresque”, contesta. No se sabe cuándo va a llegar la temperatura ideal para él: sería el frío polar. Nunca se cansa. (pp. 517-518).

Este carácter se despliega a lo largo de las páginas con plena rotundidad por más de cincuenta años de colaboración. Otro ejemplo de la extrañeza de J.L. Borges es uno que da él mismo. Bioy Casares le tomó unas fotos y se las enseña. Comenta Borges:

Se ve que tengo demasiadas manos y que no me falta ningún dedo. Se ve que no conozco las sillas —soy como Adán, anterior a las sillas— nunca me senté, esta primera vez lo hago con recelo. Hoy *demasiado* cuerpo



Josefina Dorado, Adolfo Bioy Casares, Victoria Ocampo y Jorge Luis Borges, Mar del Plata, 1935

y adentro estoy incómodo. No sé qué hacer o es como si me hubiera encontrado pronto en el cuerpo de una tortuga, un cangrejo (p. 53)

Un conjunto de diarios que van casi ininterrumpidamente de 1931 a 1989. Bioy Casares sin duda se dio cuenta de que al encontrar a J.L. Borges había dado con alguien excepcional, enorme, fuera de toda norma y sostuvo esa conciencia y admiración escrita cincuenta años.

Fueron amigos, colaboraron juntos haciendo libros firmados por ambos, antologías, series editoriales completas. Finalmente diecisiete años después de muerto J.L. Borges y después de morir Bioy Casares, se publica este libro raro y maravilloso, indigesto, imprescindible y contundente.

El *Borges* de Bioy repasa la vida literaria y política de la Argentina y de la cultura hispánica en los años que van de los treinta a los ochenta: personaje por personaje, episodio por episodio desfilan los escritores de *Sur* y los de los otros bandos, en un horizonte de cotilleo y rumor nunca exento de gracia y no siempre exento de vulgaridad. Pero también desfilan, libro por libro, bibliotecas enteras, autores, novelas, libros, revistas, asociaciones literarias, versos, frases, títulos, juicios, dando la impresión de que se recorren por dentro los pasillos y pasadizos, los sótanos y los salones de esa Babel que se inventó en Buenos Aires. Se trata de un libro educativo en más de un sentido. Entre sus páginas, está en juego lo que debe ser, lo que está mal, lo que es de buen o mal gusto, según la máquina bicéfala llamada Borges / Bioy. Pero sobre todo lo que está en juego es ese milagro literario —no tengo

otra forma de expresión— llamado J.L. Borges. El libro cuenta la historia de una amistad que tiene su clímax con la escritura de los *Nuevos cuentos de H. Bustos Domecq* y de la edición de la serie de novelas policiales reunidas en el Séptimo Círculo, pero también tiene su ocaso y declivio por la fatiga durante los años finales de J.L. Borges que culminan con su matrimonio con María Kodama y con la muerte del escritor en Ginebra. Durante la lectura continua del libro como si fuese una novela, el lector siente jadear entre las miles de líneas de este pesado ladrillo al animal en celo de la literatura.

Durante sus ratos libres —que son muchos—, dos amigos se dedican a hacer una enumeración arbitraria del mundo y de la literatura. Durante sus ratos libres que son muchos, porque no parecen trabajar —o tienen la coquetería de hacer creer que no trabajan: pues sí lo hacen leyendo infatigablemente— conversan y conversan, principalmente de literatura, poesía, filosofía, política y vida cotidiana. Uno de ellos, el menor, Bioy, se da cuenta de que su amigo, el mentor, es un ser excepcional y decide llevar un diario donde va consignando día a día las opiniones —casi siempre memorables— de su amigo. En el cuento sobre “Pierre Menard, lector del Quijote”, Borges imagina a un escritor que decide escribir de nuevo la famosa novela de Cervantes. Podría leerse el libro *Borges* de Bioy con esa clave y podría imaginarse que ellos dos, junto con Silvina y eventualmente Victoria Ocampo, José Bianco, Carlos Mastronardi, Manuel Mújica Laynez y Mace donio Fernández, entre otros, inconsciente

o no tan inconscientemente deciden encarnar al grupo de Bloomsbury en la Argentina.

## II

*Borges* de Bioy puede o cabe leerse como una novela gigante pero amorfa, carente de argumento propiamente dicho pero henchida y repleta de detalles, anécdotas y observaciones particulares como la vida misma. Es un libro lleno de vida, de inteligencia, de crueldad, de sentido del humor, de misoginia, de clasicismo, de racismo y de otras pequeñas y no tan pequeñas fobias a veces aceptables, a veces inaceptables.

Una de sus vetas más ricas tiene que ver con las diversas observaciones que sobre el lenguaje, en general y en particular sobre el español, hacen todo el tiempo J.L. Borges y Bioy (p. 522).

El libro carece de índice de nombres, de índices analíticos, de guías cronológicas. Es realmente un tabique editorialmente refractario que sólo podrán practicar los quebranta códigos, los *code breakers* borgianos. Se tiene la impresión de estar no ante un bloque de mármol sino ante un pedrusco titánico, un aerolito caído de quién sabe de qué planeta... inventado por J.L. Borges y al cuidado editorial de Daniel Martino, aunque creo que las notas que aparecen son, si no de Bioy, sí de la biblioteca de éste.

Borges tiene sus “bestias negras” a las que le gusta injuriar. Una de ellas es Goethe: Según Borges, Clemente afirmó de Ghiano: “Como descubrió que no puede escribir, escribe mucho”. Bioy: “Es una resolución

*Borges* de Bioy puede o cabe leerse como una novela gigante pero amorfa, carente de argumento propiamente dicho pero henchida y repleta de detalles, anécdotas y observaciones particulares como la vida misma.

que toma mucha gente”. Borges: “Goethe por ejemplo, tiene tantas obras, que si señala una como pésima, el interlocutor siempre tiene otra para alegar” (p. 523).

Se habla de política; pero sobre todo de política literaria, lo cual equivale a hablar de ética. En junio de 1959, Borges está muy activo en la SADE —Sociedad Argentina de Escritores—, se habla de dos personajes y esto lleva a J.L. Borges a postular su peculiar sentido de la justicia (p. 524).

(Borges) recuerda que Chesterton escribió en *Child's History of England* de Dickens “the child is the author, not the reader” (p. 527), frase que por cierto recuerda otra parecida citada por Alejandro Rossi —la primera persona que hace meses me habló de este libro al final de su discurso de recepción del Premio Xavier Villaurrutia por su excepcional novela *Edén. Vida imaginada* (2006).

Dice que a Risieri Frondizi le descubrieron un nuevo plagio. (...) la edición de Francis Bacon comentada; parece que el plagio consiste en que reproducen la edición de Ellis. Giusti defiende a Risieri Frondizi diciendo que ese libro es anterior a su rectorado de la Universidad. Borges: “Pudo decir que fue anterior a sus cursos sobre ética” (p. 544) (sobre las enciclopedias 27 / VIII).

Hasta cuando elogia, se la arregla para quitarle el suelo bajo los pies al admirado (p. 543).

Otro de los deportes favoritos de Borges y Bioy es el de discutir títulos y ver cuáles *son buenos y cuáles son malos* (p. 544).

“Qué lejos estamos de España. Es como si leyéramos noticias sobre los persas o los esquimales...” (p. 547).

Borges: “Además Voltair estaba demasiado contento. Escribiendo se divertía y se reía” (p. 542).

“Parece que Reyes incluye todo en sus obras completas: (el correo de) *Monterrey*, el archivo de Alfonso Reyes, los boletines de la Biblioteca Alfonsina, las cartas de amigos y admiradores, poemas escritos en su honor”. Borges: “¿Habrá que felicitarlo por la manera que busca el olvido? Los estudiosos no tendrán nada que hacer; ya estará todo servido y por demás, *ad nauseam* ¿o habrá que felicitarlo porque sabe que sólo mostrándose como un ser absurdo se logra la inmortalidad?”. Bioy: “Marcos Victoria me dijo que Ortega llamaba a Reyes *el tontín*”. Borges: “En *El plano oblicuo* hay una carta de Reyes a dos amigos: a ti, (Pedro Henríquez Ureña) por sí mismo en *América*; a ti Enrique (Díez-Canedo) *por sí mismo en España*, con instrucciones sobre cómo editar su obra. Es patético pensar que los ha sobrevivido a ambos” (p. 562-536).

“Hablé del asunto con Ureña, que me dijo: ‘Bueno, lo malo es que no hay obra’”.

Éste es sólo uno de los muchos ejemplos de maledicencia y de crueldad intelectual del *Borges* de Bioy.

También hay ejemplos de extrema vulgaridad. En la misma página, líneas atrás, Borges:

Cuenta que Belisario Roldán sacó de la cárcel a un guapo del partido conservador. El

hombre apareció con su señora en el escritorio de Roldán, y le dijo: “Usted *dotor*, me ha hecho un favor que nunca podré pagarle. Pero aquí vengo a agradecerse como pueda”. Roldán le dijo que estuviera tranquilo, que todo se hacía por el partido, que lo que él hizo no tenía importancia. El hombre no se dejó persuadir y para compensar de algún modo tanta deuda de gratitud, ordenó a su mujer: “Petrona: chúpasela al *dotor*”.

Algunos temas que afloran en la superficie del libro son:

—La decadencia de la literatura española después de Cervantes, Fray Luis de León, Góngora y Quevedo.

—La mediocridad de Goethe (un tema recurrente que le sirve a J.L. Borges para descalificar oblicuamente a Ortega y Gasset y a Alfonso Reyes).

—La inutilidad de leer periódicos.

—La comparación sistemática y continua de las obras de Kafka, Kipling, Henry James, Joseph Conrad.

—Lectura de novelas y cuentos para concursos en lugar de asistencia a reuniones.

### III

El libro de Adolfo Bioy Casares presenta una biografía y una autobiografía. Da cuenta de la historia de una amistad y de una infatigable y gozosa colaboración literaria.

La advocación evangélica: “Donde quiera que estéis dos de vosotros, ahí estaré yo...”, podría ir como epígrafe de este libro insondable e inagotable donde entre Borges y Bioy aparece risueño y despierto el Dios de

El libro de Adolfo Bioy Casares presenta una biografía y una autobiografía. Da cuenta de la historia de una amistad y de una infatigable y gozosa colaboración literaria.

la conversación y su sombra, la diosa de la crítica, —una crítica a la par amable e implacable, infatigable.

Parafraseando al propio Bioy (p. 574) el libro no vale tanto por sus juicios —a veces disparatados e inaceptables— como por la vehemencia y reverencia con que comunica sus retratos y viñetas de Manuel Peyrou, Carlos Mastronardi, Estela Canto, Leopoldo Lugones, Leopoldo Marchal, José Luis y Francisco Romero, Héctor Álvarez Murena, José Bianco, Ricardo Güiraldes y los escritores asociados a la SADE, Alfonso Reyes, Pedro Henríquez Ureña, Victoria Ocampo.

Acaso habría que leer el libro de Bioy sobre Borges acompañado de otros libros, por ejemplo el libro *Los Bioy* donde la “ayudante” de Silvina, Jovita Iglesias, refiere el estilo de vida de Silvina y Bioy.

Borges:

Uno debe escribir los libros, y ninguna excusa es válida para no hacerlo. No tiene sentido decir que se presentó tal cosa y tal otra. Hay que escribir lo que uno tiene que escribir. Es el único deber; es el deber no sustituible por excusas (p. 616).

El trabajo de estos dos caballeros es leer y escribir: leer cuentos y novelas para los concursos, los poemas, cuentos y opiniones que van saliendo en revistas y suplementos, las obras de ciertos autores (Kafka, Stevenson, James, Kipling, Chesterton, Darío, Góngora, Quevedo, Cervantes, Lope...).

El trabajo y el placer de cada uno es escribir cada uno sus obras y antes y después, durante, y luego, escribir la obra en conjunto de Bustos Domecq y componer entre los dos una maquinaria deseante y bicéfala de diálogo como en un presentimiento de que la letra de dos filis sobrevive mejor. Y por último escribir este libro enorme a lo largo de décadas con dedicación y desparpajo, con elegancia y libertad.

Este libro ocupará un lugar central en la constelación borgiana compuesta por (libros, antologías, colecciones, editoriales): a) la obra propia; b) la obra en colaboración, incluidas las traducciones; c) las diversas en-



trevistas; pero además de poderse considerar como una biografía de J.L. Borges, el *Borges* de Bioy podría ser visto como una oblicua autobiografía intelectual de éste.

*Borges*, de Adolfo Bioy Casares, es un libro incendiario, tan irritante como divertido. A lo largo de sus más de mil seiscientas páginas el lector asiste al diario testimonio que el autor de *El sueño de los héroes* levanta sobre su amigo, colega, pero sobre todo mentor y maestro. El libro está hecho con los diarios que Bioy fue redactando al filo de los días y a veces al filo de las horas de más de medio siglo de amistad. Los editores comparan este libro indescriptible con *La vida del doctor Samuel Johnson* de James Boswell.

Es una obra indescriptible, excepcional, una criatura enorme y monstruosa como uno de esos muebles inconcebibles que el narrador de un cuento de H.P. Lovecraft —o para el caso de Jorge Luis Borges— ensaya retratar para evocar la forma inasible y vertiginosa, a veces repugnante de un ser nacido de la imaginación de un genio de las mil y una noches. El libro de Bioy podría también compararse a las *Memorias* del Duque de Saint-Simon que retratan la vida de la corte francesa, a *La comedia humana*

de Balzac (En *Borges*: comedia crítica) o a alguno de esos documentos de la antigüedad clásica (como la biografía de Plotino escrita por Porfirio o incluso los *Diálogos* de Platón) en torno a una figura magistral: Borges. Lo que está presente a lo largo de estas páginas es la inteligencia, el humor, la voluntad de divertirse y de salvarse por la risa. La ironía, la fuerza y las manías, la vida privada, los recursos, las travesuras, los trucos, los desplantes, las acotaciones, los trabajos y los días, los ocios y las tardes, las noches y los cuentos, y los comentarios de Borges ante el pequeño teatro de sus amigos argentinos (el propio Adolfo Bioy, Silvina Ocampo, Estela Canto, el padre de Bioy, la madre de Borges, y muchos otros personajes que van paseando por las páginas de este libro sublime, de alto y bajo cotilleo, imposible de resumir).

La inteligencia de Jorge Luis Borges se desplaza, evoluciona poniendo en su lugar a las personas y a las obras,

calificando y descalificando toda la historia de la literatura (europea, argentina, americana). Aparece ante los ojos del lector como un surtidor inagotable de lecciones en apariencia frívolas, de ocurrencias intempestivas y desconcertantes, opiniones que asumen *el asesinato intelectual como una de las bellas artes* a lo largo de las páginas de un *diario* que se despliega como un infinito tablero de ajedrez donde las piezas que lleva Jorge Luis Borges nunca pierden y siempre arrancan una sonrisa. Arrancan, ésa es la palabra, porque a la intemperancia incontenible de Jorge Luis Borges, su voluntad de ironía y de hacer reír a costa de los amigos o de las apariencias convenientes (de la hoy llamada corrección política), su misoginia rampante, su racismo, su clasismo, sus fobias (antiperonistas, anticomunistas) salen retratados de cuerpo entero en este libro abrumador e —insisto— incendiario por muchos motivos, un libro que acaso haga que, o bien Borges vaya entrando al purgatorio de la indiferencia pública, o bien lo exalte hasta la condición de una suerte de espíritu santo de la literatura de todos los tiempos.

Entre las líneas y entre las páginas, anda Adolfo Bioy Casares, Platón de este Sócrates,



Borges y su madre, 1959



Jorge Luis Borges y Adolfo Bioy Casares, 1985

para quien el amor por la verdad y el amor por Sócrates se confunden en un solo *Borges*, escrito y alquitarado letra por letra. Como amanuense y testigo, como cronista y relator de esta historia verdadera de los más de veinte mil días pasados en compañía de Jorge Luis Borges, como espectador asiduo y constante, co-comentarista, co-mentor del mentor llamado Jorge Luis Borges, sale Adolfo Bioy Casares de este mar de páginas vividas como un marinero ejemplar y un navegante admirable, pre-claro, capaz de llevar a buen puerto la nave preciosa de la conversación con Jorge Luis Borges y su banda por los siete mares de la ideas, la imaginación, la vida, la política, el amor, el sexo (ajeno), el cuerpo propio, el mundo editorial, las bibliotecas. Pocos libros tan contundentes como esta autopsia practicada en vida del sujeto elocuente, pocos tan reveladores del interlocutor interrogado y de la mente que interroga. El documento titu-

lado *Borges* es un monumento erigido no sólo al escritor que lleva ese nombre. Se levanta también como un templo construido en honor del dios de la conversación. Por eso, a pesar de las travesuras y las infamias, de las maldades e infidencias insospechadas de este “grupo” de amigos, cuyo núcleo lo componen Borges y Bioy, el libro titulado *Borges* puede ser comparado a esa llama perpetua que alienta en ciertos templos. Si *Borges* materializa el fuego de la conversación, también lleva a preguntar al lector sobre la condición de este “grupo” de coetáneos que sólo podían vivir en sociedad literaria y para quienes la verdadera, la única familia podían ser —por llamarlos de algún modo— “los amigos”. Luego de estos minuciosos anales saldrá la imagen de un Borges tumultuoso, de un hombre banda, multánime, capaz de congrega a su alrededor varios mundos, varias conversaciones, acaso un poco como ese inasible Shakespeare que,

según algunos, es la firma suscrita por un puñado de escritores encabezados por Francis Bacon y resueltos a subvertir radicalmente la práctica y el concepto mismo de literatura.

Este libro —insisto— monstruoso, incendiario, indescriptible está sostenido por la pluma constante, metódica de Adolfo Bioy Casares, quien a partir de estas páginas —ya memorables como es memorable un estigma— surge como un paladín de la indiscreción circunstancial.

Finalmente, creo necesario advertir al lector que tenga cuidado con este volumen pesado como una piedra, y que no lo deje al azar entre otros pues el día menos pensado puede, espontáneamente, llevar todos los fuegos al fuego. [U]

Texto leído en el Ciclo “Los otros días. Conversaciones de Bioy Casares y Borges” en la Biblioteca Miguel Lerdo de Tejada, miércoles 11 de abril de 2007, 17 hrs.